

EL DOCTOR NICOLÁS LEÓN ANTE LOS NUEVOS ANTROPÓLOGOS

JAVIER ROMERO

Retrocediendo a aquella época en que nos fue dado ingresar al Departamento de Antropología Física del Museo Nacional de México, hemos de recordar que entonces tal Departamento estaba a cargo del Prof. Federico Gómez de Orozco quien, como es natural, en nada se apartaba de sus actividades paleográficas y lo mantenía intacto.

En nuestras primeras incursiones por el Departamento hacia 1930, encontramos al Prof. Daniel Rubín de la Borbolla, recién llegado de Norteamérica, como encargado honorario y estudiando algunos materiales de las colecciones osteológicas. En una pequeña sección del salón, formada con muros de cartón, junto con el Prof. Gómez de Orozco trabajaba el Lic. Alfonso Caso, quien aún no iniciaba sus trabajos de exploración en Monte Albán. Era por aquel entonces cuando el que escribe comenzaba sus actividades en el campo de la antropología física, como ayudante —también honorario— de Rubín de la Borbolla.

Desde luego, no habría para qué relatar las muchas cosas e impresiones que conservamos en la memoria sobre aquella época, pero sí hemos de mencionar que dentro de aquel Departamento, para nosotros, resonaba por doquier el nombre del doctor Nicolás León, poco antes fallecido. Las colecciones osteológicas reunidas por él, sus cédulas osteométricas que podíamos manejar, su instrumental, su escogida biblioteca de trabajo, el archivo, el salón de exhibición. A juzgar por los comentarios que casualmente a nosotros llegaban y por lo que personalmente veíamos y que habríamos de confirmar después, todo aquello constituía la obra de un individuo que en verdad tuvo devoción por los estudios antropológico físicos, los que dentro del Museo eran entonces —y no nada más entonces— considerados como un tanto extraños, poco accesibles y no muy agradables.

Poco después, nuestro amigo el abogado Roberto Palazuelos, habiendo colaborado poco tiempo con don Rubén M. Campos en el Museo, pero también estudiante universitario como el que escribe, ingresaba a su vez como ayudante del Departamento y juntos estudiábamos, juzgábamos, criticábamos la obra del doctor



Aspecto del salón de exhibición de antropología física que el doctor Nicolás León instaló en el Museo Nacional de México y que existió hasta 1930.

León, a quien de esta manera acabamos por sentirlo presente. Y de él, de Palazuelos, surgió una idea que tanto Rubín de la Borbolla como el autor de estas breves líneas hicimos nuestra. Es que el doctor León había formado una colección de reproducciones de cuadros que él designaba como "Antropólogos distinguidos", comprendiendo desde Hipócrates a Hrdlicka, pasando por Blumenbach, Darwin, Broca y Lombroso, que había tenido buen cuidado de situar convenientemente en el salón de exhibición. La idea consistió en sumar a esta colección precisamente el retrato del doctor Nicolás León Palazuelos se encargó de conseguir una de sus últimas fotografías, ampliarla, arreglar el cuadro, y con sencilla ceremonia fue descubierto en sitio preminente en la nueva sala de exhibición que nos había tocado instalar en el segundo piso del Museo. Esto ocurría por 1935.

De entonces a la fecha, la imágen del doctor Nicolás León ha ido creciendo ante nosotros hasta adquirir proporciones verdaderamente extraordinarias. Razones hay muchas, pero sólo habremos de señalar las más importantes.

Tomando en cuenta que el doctor León falleció en 1929, y que su obra en antropología física casi duró 30 años en un ambiente muy poco propicio para su desenvolvimiento natural, creemos que podrá ser mejor valorada si se han tenido en las manos sus materiales e instrumental y si se han podido utilizar como base o ayuda para los nuevos estudios.

Tuvo el doctor León la inteligente idea de precisar los propósitos de la rama científica que cultivó, y de hacerlo con la claridad suficiente para hacerlos llegar al público que visitaba el Museo. En un gran rótulo que colocó en lugar bien visible se leían tales propósitos y en su *Cartilla de Vulgarización* amplió la explicación de estas finalidades haciéndola distribuir tan profusamente como le fue posible. Su constancia e interés le llevaron a formar valiosas colecciones osteológicas prehispánicas y modernas y a reunir un instrumental que por mucho tiempo fue único en México: estuches antropométricos completos, escalas colorimétricas, antropómetros, microscopios, máquina calculadora de discos, plataformas y bancos, etc., encontrábanse disponibles para el trabajo. Considerando lo que posteriormente hemos experimentado nosotros para adquirir instrumental, no se puede menos que reconocer un verdadero triunfo del doctor Nicolás León en el hecho de haber logrado en su época reunir semejante equipo. Y esto sólo se consigue cuando se ama una labor.

Por otra parte, supo mantener valiosos contactos con instituciones extranjeras, especialmente con el eminente doctor Ales Hrdlicka, jefe del Departamento de Antropología Física del Museo Nacional de Norteamérica, y de quien recibió colaboración muy directa, sobre todo durante sus estancias en México y durante la visita que el mismo doctor León le hizo en Washington alguna vez.

De su labor docente tenemos como testimonios los programas del curso de antropología física que, con otros, se impartieron en el Museo Nacional durante muchos años, siendo él quien de manera oficial por vez primera en México impartiera enseñanza en la materia. Los programas fueron modificados y ampliados con el transcurso del tiempo y siempre los hizo acompañar de la bibliografía necesaria, en la que no faltaron las clásicas obras de Rudolf Martin y Hrdlicka ni las leccio-

nes de antropología de Frassetto; esquemas de gran tamaño ilustraban los puntos craneométricos y otros al tamaño natural los antropométricos en figuras al desnudo.

Su labor científica la valoramos, más que por sus realizaciones finales, por la amplitud de sus preocupaciones que reflejan la evolución de su pensamiento hasta llegar casi al concepto amplio que de la antropología física se tiene hoy en día. Esto lo atestiguan los materiales, algunos mudos en cuanto a la ausencia de manuscritos alusivos, pero de gran elocuencia por su existencia misma. Por una parte, su cedulaario craneométrico y de las diversas partes del esqueleto humano; por otra, los materiales que hizo construir para su estudio sobre cefalometría fetal, su cuadro de concentración de datos antropométricos de soldados mexicanos, su álbum fotográfico de delincuentes, su labor antropométrica y álbum fotográfico de escolares del Distrito Federal, y los principios de la utilización de la fotografía que ahora llamamos somática o standard que consiste en las vistas de frente, lateral izquierda y posterior del individuo al desnudo, es decir, la introducción de la somatoscopia con todas las implicaciones que el hecho encierra y que son de incuestionable trascendencia en el desarrollo de la rama científica de que nos ocupamos. Además, aquella adhesión suya para que en México se implantara el vucetichismo o dactiloscopia como medio de identificación individual.

En verdad, nos consideramos herederos directos de una obra de auténtico valor lograda desde sus bases con precarios recursos y en ese medio de indiferencia, cuando no un tanto hostil, que tantas veces ha ahogado los empeños más prometedores, circunstancia de la cual nos percatamos al revisar personalmente la nutrida correspondencia que sostuvo con el doctor Ales Hrdlicka, y que con todo cuidado se conserva en Washington en los archivos del Museo Nacional de Norteamérica.

Hemos de manifestar, por consiguiente, que la imagen del doctor Nicolás León ha presidido siempre todas las inquietudes, los planes y los esfuerzos que en el campo de los estudios biológicos humanos realiza el Departamento de Investigaciones Antropológicas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, y que su presencia se resuelve en un sentimiento que no podríamos definir con palabras precisas, pero que aseguramos que es una mezcla de creciente admiración, gratitud y orgullo por haber existido en México un precursor de esa talla.

El doctor Nicolás León ha contado con el reconocimiento íntimo y profundo, primero, de aquellos dos simples ayudantes de un antiguo departamento casi abandonado, y después con el de otras generaciones de antropólogos de grandes y saludables bríos y anhelos, nuestros jóvenes profesores y estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

México, D. F., diciembre de 1959.